

De re impressoria. Cartas prologales del primer editor

ALDO MANUCIO

ANA MOSQUEDA (selección, trad. y notas); Tiziana Plebani (introd.) (2022)

Buenos Aires: Ampersand

174 pp. ISBN: 978-987-4161-68-0



Santiago Francisco Peña

Universidad de Buenos Aires, Universidad Pedagógica Nacional / CONICET

ORCID: 0000-0001-8712-0280

No es difícil inferir el horizonte de la autora Ana Mosqueda, ella misma editora, al proponerse esta empresa filológica que es, al mismo tiempo, un trabajo de traducción y de reflexión histórica sobre el celebrísimo Aldo Manucio (1499-1515). En tanto responsable de Ampersand, casa editorial radicada en Buenos Aires, geográficamente distante de Venecia, pero espiritualmente próxima a la sensibilidad y erudición de Manucio, con este libro le rinde un justo homenaje a la tarea editorial renacentista.

Una de las razones prácticas para justificar la actualidad de este libro radica, quizá, en el extraordinario empeño que tantos editores renacentistas ponían en inspirarse en las ediciones de Manucio, cuando no en imitarlas. En efecto, a pesar de los ingentes esfuerzos de Manucio, sus sofisticadas ediciones eran sistemáticamente falsificadas. Cada intento por acen- tuar o precisar los rasgos distintivos de sus ediciones solo incentivaba la pericia de los imitadores (como lo demuestra su “Advertencia a los tipógrafos de Lyon” de 1503). Las motivaciones materiales de esta práctica eran evidentes, pues aquellas ediciones con el sello de la imprenta de Aldo que circulaban dentro y fuera de Italia parecían tener asegurado un caudal de clientes tan significativo como conspicuo. La familiaridad de esta dinámica comercial es una prueba de la importancia de Manucio, “el primero –afirma Mosqueda– en imaginar una editorial en términos de forma y llevarla a su más alta expresión” (p. 42).

Estos “términos de forma” iban más allá de las dimensiones materiales, estéticas y dispositivas del texto –el “peritexto editorial”, en palabras de Gérard Genette–. La nueva fisonomía, perfeccionada por Aldo, potenció nuevos hábitos de lectura, más flexibles gracias a la inédita portabilidad y los bajos costos de estos libros. En consonancia, hizo un gran esfuerzo en facilitarle la tarea al lector, como lo serían los signos de puntuación, la numeración de las páginas, los índices y glosarios. Pero la “forma” incluía, además de este peritexto implícito, la voz explícita del editor en sus cartas prologales, a las cuales Mosqueda propone leer como “una única larga

epístola en la que Manucio explicita su proyecto editorial, a la manera de un diario personal y profesional” (p. 42). Aquí está la clave de lectura de este libro: apreciarlo menos como un compendio que como una narrativa.

Este punto de vista nos permite reconstruir lo que suponíamos tácito. El catálogo de la casa editorial responde siempre a diversas motivaciones, entre las cuales deberíamos destacar dos: comerciales y personales. Las primeras nos dicen más sobre el lector presunto que sobre el editor, así que para apreciar mejor este libro será más conveniente concentrarse en las segundas.

Detengámonos un instante en la gravitación lectora, porque este punto trata la introducción de la historiadora italiana Tiziana Plebani, quien conoce bien los tesoros venecianos y el rol de la casa editorial aldina. Desde su punto de vista, las cartas prologales de Manucio deben leerse como parte de una empresa de más largo alcance, orientada a establecer un vínculo íntimo con un público lector con nuevas costumbres. Ese vínculo se fundaba en la práctica de un diálogo tácito y continuo, en el que el editor esperaba respuestas e interacciones que luego volcaba en futuras publicaciones. Plebani hace una clasificación de los destinatarios prologales, y encuentra ciertas regularidades y constantes, tales como que alrededor del 20% de sus dedicatorias estaban dirigidas a “lectores y estudiosos sin rostro, o mejor, a la cantera de compradores e interesados del mercado librario” (p. 29), que se concentran sobre todo en los primeros años de su empresa. Este punto es muy importante y señala la inteligencia práctica y original de Manucio. Su aspiración se confirmaba por el anhelo docente con el que proveía consejo metódico respecto de la lectura de sus ediciones. Así, concluye Plebani, “inauguraba un espacio franco de diálogo, ofreciéndoles el libro como un amigo y no como una autoridad a la que someterse, en un terreno de compromiso mutuo” (p. 35).

Esta obra trata sobre el arte de la lectura en tiempos en que, gracias a la ubicua y accesible materialidad del libro, sus rasgos intimistas y solitarios se difundieron

hasta establecer “el beneficio común de la república de las letras” (p. 113), pero también y sobre todo sobre la voz de Aldo. Allí entra en juego la selección de autores, tanto la de Manucio como la de Mosqueda. Tal vez sea una buena idea intentar leer al primero a través de las preferencias de la segunda.

Desde 1502, las ediciones de Aldo estuvieron acompañadas por el lema *festina lente*, reproducido así por Suetonio a partir de la expresión griega *σπεῦδε βραδέως* que encontramos en las *Noches áticas* de Aulo Gelio (10.11.5). La expresión, que podría traducirse como “apresúrate lentamente”, funciona como otro sabio consejo para leer una obra que nos invita a sumergirnos en los clásicos desde un prisma raramente enfatizado: las genuinas motivaciones del editor. Un ánimo precipitado, alentado por el atractivo de las obras publicadas, podría perderse en la frialdad del catálogo y no descubrir nunca las cálidas invitaciones de Manucio, quien advertía pedagógicamente a sus lectores sobre la importancia de la paciencia. Tal vez sea esta una forma de recordar hasta qué punto nuestras atribuciones de sentido, valoraciones estéticas, fronteras imaginarias, límites éticos, que creemos estrictamente personales, están necesariamente condicionados por las tradiciones culturales de las cuales recibimos el legado. Ahora bien, esas tradiciones son también siempre resultado de actos de recorte, de selección, de inducción, en el cual los editores renacentistas cumplieron un papel de primer orden.

El carácter cronológico con el que se ordena la selección nos da ya una primera señal. Empezar con Constantino Láscaris y terminar con Lucrecio se debe a una simple razón: esa fue la parábola editorial de Manucio. Es con la *Gramática griega* de aquel sabio bizantino con la que en marzo de 1495 da comienzo, en efecto, a su empresa editorial. No fue una elección casual, sino en el marco del florecimiento (ya por ese entonces generacionalmente consolidado) del helenismo en Italia. Aldo dedicaba a los estudiantes esta edición bilingüe donde podían cotejar el griego de Láscaris con el texto latino, traducido por Pietro Bembo y Angelo Gabriele –se supone– quienes fueron asimismo correctores de la vieja edición milanesa de Dionisio Paravisino de 1476. Como anticipábamos, aquí se encuentra la doble motivación del editor: la necesidad comercial de proveer a los estudiantes de griego (“no solo para los jóvenes, sino que, en nuestra época, también los viejos lo aprenden bien”, aclarará en su edición del *Organon* de Aristóteles de ese mismo año) un manual práctico y accesible, y el anhelo personal de contribuir a la helenofilia de sus tiempos “turbulentos, tumultuosos y míseros en los que se manejan más las armas que los libros” (p. 66), cuyos progresos debían

enfrentar el peligro de las guerras que por entonces sufría la península tras la invasión francesa de 1494.

En aquella primera carta prologal, Aldo dejaba al descubierto otra dimensión de su sensibilidad espiritual. Lo que vemos en perspectiva como un alumbramiento era descripto –¿y vivido? – como un ocaso, consecuencia de las prácticas pecaminosas, de los crímenes que “pronto agitarán o mejor destrozarán a todo el mundo”. Este es solo un ejemplo de la importancia de atender a la voz editorial, porque allí percibimos un sustrato real más vívido de las motivaciones que conducen a la elección, selección, corrección, publicación de una obra. Manucio parece estar sugiriendo que su debut puede ser pronta despedida, y que a la posteridad corresponderá revivir las áticas letras griegas aquí provistas por Láscaris.

Sin embargo, este mismo ejemplo también nos sugiere otra dimensión del carácter de Aldo, esto es, sus hipérbolos. Mosqueda nos resume varias de estas quejas o lamentos tendientes a la exageración o el énfasis: autocompasión, excesiva gratitud o quejas desproporcionadas. Corresponde al lector leer esas expresiones en clave compasiva o cómica. Es probable que esta “epístola única” se vuelva más significativa en el caso de optar por el registro humorístico, porque cada lamento se convertirá así en un puente con la sensibilidad de Manucio.

¿De qué otra manera leer su descripción de los inoportunos visitantes “que no tienen nada que hacer” en su taller como “piojos que no dejan la piel si no están llenos de sangre”? Es grato pensar que esa misma predisposición habrá guiado a los “virtuosos que actúan bien”, a quienes en su edición de *Hero y Leandro* de Museo el Gramático les solicitaba sin metáforas: “dame el dinero, porque no puedo imprimir si no tengo mucho dinero”. Esta maestría en el arte del comercio fue coronada con una referencia al principista Demóstenes: “siempre es necesario el dinero, y sin él nada de lo que es esencial se puede hacer”. Su aclaración posterior (“no lo digo como un amante del dinero, sino como alguien que detesta a esa clase de personas”) no hace sino amplificar esta virtud (p. 63).

A medida que desandamos el camino de la selección de Mosqueda, la dimensión comercial de Aldo se hace más transparente, aunque cada vez menos enfática a medida que su creciente reputación lo alejaba de sus temidas penurias económicas. Sus primeras obras se concentran en la enseñanza de la lengua y cultura griegas, por lo que no es casual que dedicara sus *Obras selectas* de Teócrito, Hesíodo y Teognis al hijo

del gran maestro Guarino de Verona, Battista, maestro a su vez del propio Aldo en Ferrara entre 1479 y 1480. Al parecer fue el propio Battista quien encargó a su viejo alumno esta edición, que encontró, con seguridad, un mercado provechoso y constante entre sus estudiantes.

Manucio era consciente de la potencial saturación en el mercado de libros griegos, y de que su marca tenía que estar en la condición gráfica y en la calidad de sus correcciones y revisiones. Entre 1495 y 1497 sus esfuerzos se concentraron en convencer a ese mercado de que de su casa salían las mejores ediciones posibles. Por eso solía aludir a sus colaboradores, amigos, asociados, revisores (antiguos y actuales) entre quienes se incluían, además de los mencionados Bembo y Gabriele, nombres como Marco Musuro, Jano Láscaris, Carlo Antinori, Guarino de Camerino o Urbano da Belluno. Una vez más desafiando nuestra percepción de aquellos tiempos a nuestros ojos florecientes, Aldo ponía sus recursos hiperbólicos al servicio de su misión comercial-civilizatoria, y se lamentaba de que las letras griegas y latinas “languidecían” (p. 79).

Mosqueda reconoce por primera vez la utilización del lema *festina lente* en una edición de las *Obras completas* de Poliziano, publicada en 1498 y dedicada al mecenas (e historiador) Mario Sanuto, patricio de La Serenísima Venecia, “que más que otra ciudad es otro mundo” (p. 83). Allí Manucio le solicitaba paciencia mientras su panorama sombrío de cartas anteriores pasaba a un registro más luminoso, atribuyendo a Poliziano haber contribuido (hasta su muerte temprana en 1494) a “liberar a la propia filosofía de los bárbaros”. No es casual, quizá, que usara un tenor similar en su dedicatoria de los *Remedios* de Nicandro de Colofón a otro patricio veneciano, Girolamo Donato. Aldo, por esta vez, reconocía su rol en este “renacimiento de las bellas letras en Italia” (como lo haría nuevamente en 1504 en su dedicatoria de la *Iliada* a Girolamo Aleandro, p. 128). Sin embargo, el péndulo hiperbólico lo conducía también a lamentarse de todas las adversidades padecidas por aquellos que “ayudan a la lengua griega” (p. 86).

Sabemos que el propio Manucio era maestro en “las virtudes y las bellas letras”. Mosqueda nos recuerda que fue tutor de los sobrinos de Pico della Mirandola entre 1483 y 1490. Así, en 1501 se convirtió en su propio

editor al publicar sus *Rudimentos de gramática latina*, donde advertía pedagógicamente alejarse de “autores no cultivados y bárbaros” y tentarse mejor con la imitación de los más doctos (pp. 94-95). Anunciaba de esta manera en qué se conformaría su catálogo, en una fuente de configuración del canon renacentista de la literatura grecorromana. Vemos aparecer entonces, además de Platón y Aristóteles, a Virgilio, Horacio, Juvenal, Catulo, Homero, Tucídides, Sófocles, Esopo, Eurípides, Píndaro, Julio César, y Cicerón.

En el caso de Platón, Aldo no se mostraba ajeno a la apoteosis disparada por el redescubrimiento de su obra a través de los manuscritos bizantinos. Así, se dirigió directamente a León X, el Papa Medici y protector del más celoso hermeneuta platónico de los tiempos, Marsilio Ficino, para celebrar su patrocinio humanista de la cristiandad y la reconstrucción espiritual de Florencia como una nueva Atenas (p. 144). Tal vez no sea casual el ambiguo contraste que encontramos con su carta prologal a un sabio más incómodo, Lucrecio, “en opinión de los antiguos, el más grande filósofo, pero lleno de mentiras, pues muy de otra forma siente acerca de Dios y de la creación de las cosas que Platón y que los otros miembros de la Academia, puesto que siguió las doctrinas epicúreas” (p. 159). Nuevamente a bordo de la hipérbole, Aldo recordaba que este fino poeta y filósofo latino era desaconsejado como lectura para el buen cristiano, pero que merecía ser leído, junto a otros similares, “solo como falsos y mendaces” (p. 160).

Estas fueron algunas de las últimas palabras de Manucio, antes de morir en febrero de 1515. Una vez más, tal vez la perspectiva cómica nos acerque de manera más fiel al espíritu de sus cartas prologales. Con el mismo ánimo festivo merece ser leído este libro erudito y original de Ana Mosqueda, quien quizá pueda hacer propia la dedicatoria de Aldo al poeta napolitano Accio Sincero Sannazzaro, cuyo poema *Arcadia* publicó en 1514: “Yo mismo, haciendo esto, me parece en cierto modo estoy en mi derecho de reclamarlo como mío. [...] Pues, aunque tú en otro tiempo hayas compuesto con erudición y elegancia la *Arcadia*, y que sea tuya, como lo es, no obstante no sé de qué modo, así editada, se ha hecho también mía. En consecuencia, lo que es mío en este libro, te lo regalo y te lo dedico” (p. 155).

